

ENRIQUE PIÑEYRO. *Poetas famosos del siglo XIX*. Prólogo y notas de Salvador Bueno. 2.^a edición, Cuba. Edición de la Academia Cubana de la Lengua. Editorial Pablo de la Torriente. 1999. 220 pp.

Saludamos con enorme gratitud el esfuerzo y el empeño de la Academia Cubana de la Lengua que últimamente se está preocupando en rescatar, actualizar y promover invaluable estudios culturales y literarios de gran valor. Un claro ejemplo de esta actitud es el libro de Enrique Piñeyro *Poetas famosos del siglo XIX* que vio la luz por primera vez en 1883, en Madrid. Conocido es que la obra de Piñeyro, a pesar del tiempo transcurrido, siempre ha despertado un gran interés; debido a la acuciosidad de sus estudios, en los que indaga, examina y cuestiona rigurosamente sus planteamientos y al compromiso que asume con su cultura, con sus raíces, con su nación, participando y colaborando así con la formación de una conciencia netamente cubana.

En el libro que motiva nuestra reseña, Enrique Piñeyro, periodista, orador, escritor y diplomático, intenta presentar un panorama selecto de los poetas preclaros que se constituyeron en figuras representativas del siglo XIX. Sin embargo, esta selección, como toda, siempre estará sujeta a cuestionamientos, pues es un hecho, por definición, arbitrario. Es imposible descartar los factores subjetivos, los caprichos personales y la memoria a veces olvidadiza de quien la plasma.

El trabajo de Piñeyro se divide en seis capítulos claramente expuestos, donde se aborda un conjunto de trece poetas del siglo XIX. Cabe señalar que los estudios del autor reseñado se enfocan desde perspectivas no muy exhaustivas ni rigurosas, pues se incide demasiado en el carácter biográfico de los autores seleccionados. En el primer capítulo, la Introducción (pp. 25-29), Piñeyro trata de justificar las razones que motivaron su estudio; considera como razón principal que la creación poética que se gesta en el transcurso de una centuria muestra rasgos y cimientos similares, por más que sus espacios de acción disten cientos de millas, y ésta es la base de los siguientes capítulos.

En el segundo capítulo, "La poesía moderna inglesa" (pp. 31-91), se aborda cuatro poetas: John Keats, Percy Shelley, George Byron y William Wordsworth, pero previamente, antes de ocuparse de ellos, bosqueja, a manera de introducción, los cimientos y antecedentes poéticos y sociales que sucedieron siglos atrás. Piñeyro rinde justo homenaje a los poetas William Shakespeare (s. XVI) y John Milton (s. XVII) por considerarlos los mentores de quienes se han nutrido los creadores posteriores. Asimismo, realiza un repaso de los acontecimientos histórico-sociales más importantes acaecidos en el siglo anterior, tales como la Independencia de los Estados Unidos y la Revolución Francesa, hechos trascendentales que influyeron decididamente en la posterior literatura inglesa. Piñeyro, después de haber expuesto estas pequeñas bases, sólo entonces se centra en los cuatro poetas elegidos. Presenta a John Keats (1795-1821) como un artista notable e ilustre, mas no de primer orden, que poseía como carácter distintivo de su genio la admiración y el ardiente entusiasmo por la belleza. También rescata sus cualidades de eximio versificador y de lírico nato. Shelley (1792-1822) es perfilado como un artista completo, situado a la altura de los grandes; también se le muestra coherente y consecuente con sus actos; se nos dice que se nutrió de las grandes vertientes de las Literaturas Clásica y Medieval, que le sirvieron de base para recrear muchos de sus textos. Byron (1788-1824) es descrito como un poeta

prolífico, que cultivó muchos géneros y que se nutrió vivamente del Siglo de Oro español; combatió por su patria y fue un poeta esencialmente revolucionario, un agitador que, en la poesía, encontró un vehículo mejor que las lides de partidos. William Wordsworth (1770-1850) es caracterizado como un poeta de una sólida y extensa reputación, que consagró su vida a contemplar la naturaleza y a reproducir en verso las impresiones e imágenes de ésta, y para el efecto construyó una teoría poética en la que enmarcaba la mayoría de sus poemas; sin embargo, paradójicamente, sus mejores composiciones son los que se alejan de su teoría.

En el tercer capítulo, "Un imitador español de Byron" (pp. 93-100), Piñeyro enmarca su estudio en la tradición española, centrándose exclusivamente en José de Espronceda (1808-1842) y desconociendo, de esta manera, a otros poetas de renombre. El autor lo configura como un poeta incompleto, de existencia prematuramente interrumpida; lo declara admirador y seguidor de Byron, de quien recoge y conserva su estilo poético, un estilo que se amolda a los diversos tonos poéticos, para verterlo posteriormente con éxito en la poesía castellana. Señala también que evidencia su gusto y deleite por la poesía de combate, que era por esencia una protesta incesante y elocuente contra las miserias y las locas reacciones de la época.

En el cuarto capítulo, "Poesía Italiana" (pp. 101-120), el autor se aboca a perfilar al poeta de los estados del Papa, Jacobo Leopardi, digno heredero del idioma de Dante y Petrarca, en quien habita la voz más elocuente y la inspiración más elevada y sincera de Italia; como un poeta desilusionado con la fe católica, pues algunos de sus libros fueron vetados por los clérigos, lo que le inspiró cierta repugnancia por las personas que conformaban el clero, y creó en su alma un pesimismo incandescente, que se alimentaba a cada momento, llegando a sostener que la iglesia era una institución que representaba una doctrina suficiente sólo para consolar a débiles y menguados. Con relación a su producción poética,

ésta se puede separar en dos etapas claramente evidenciables, una etapa en que su estímulo creativo fue el deleite y el gozo por la tradición grecorromana; la segunda fue el amor por su patria.

En el quinto capítulo, "Poesía alemana" (pp. 121-160), Piñeyro se aproxima a tres poetas: Johann W. Goethe, Federico Schiller y Enrique Heine, a quienes enmarca en la tradición alemana de ese siglo. A Goethe (1749-1832) lo determina como un hombre de su época, como un ser esencialmente civilizado y cultivado, preocupado por el destino del mundo, por los vicios futuros, el fanatismo, la ignorancia y la crueldad. También vislumbra que para Goethe versificar fue un freno saludable y una fuente de inspiración en su vida. A Federico Schiller (1759-1805), el autor lo cataloga como un creador entusiasta, impulsivo y que propugnaba que la poesía era una fuente inagotable de sentimientos elevados. Por otra parte, nos dice que su creación poética goza de buena recepción y que es la muestra tangible de dignidad humana y del culto hacia la belleza. A Enrique Heine (1799-1857), Piñeyro lo presenta como un poeta que engloba semas de carácter negativo; lo muestra amargado, agresivo, sumamente personal y devorado por la vanidad. Además, lo describe como un tipo de artista distinto, como un continuador del estilo de Goethe y de Schiller. Lo declara también como un bufón lírico, pues se burlaba sin piedad de todo, de Dios y de los hombres; no hubo barrera para contener su sarcasmo implacable y sus incesantes invectivas.

En el sexto capítulo, "Poesía francesa" (pp. 161-220), el autor rescata tres poetas: Alfonso de Lamartine, Alfredo de Musset y Víctor Hugo. Pero, antes, bosqueja una pequeña introducción donde resume sucitamente la literatura francesa del siglo XVIII, destacando las figuras de Voltaire, como hombre de teatro; de Diderot y de Rousseau, como eximios prosadores. A Lamartine (1790-1869), Piñeyro lo caracteriza como un poeta en quien la creación fluye de manera espontánea; y que consideraba como uno de sus principios que la verdadera

poesía se encuentra en las emociones sinceras del alma traducidas en una lengua rica y melodiosa; paradójicamente, su talento lírico floreció durante un espacio de vida limitado. Alfredo de Musset (1810-1857) es presentado por el autor con cualidades de poeta escéptico y que expresa como ningún otro vate sus rasgos dominantes, su amor por la belleza, su elegancia y su frenesí por el placer. Cabe señalar que sus textos están cargados de una fuerte dosis de ironía. En Víctor Hugo (1802-1885), Piñeyro ensalza toda su producción literaria realizada hasta el momento y se excusa de no tener una visión completa de su poesía, pues el autor aún vivía y se encontraba en completa posesión cabal de sus facultades creadoras. Esboza algunos comentarios en torno al dramatismo de su poesía y a sus grandes dotes de escritor.

En suma, se trata de un libro sugerente, interesante por los datos y las aportaciones que brinda a los lectores.